

## Eterno

Nunca se borra de la memoria el sonido que destruye el mundo. Permanece ahí, grabado a fuego y dolor, y cada vez que su estruendo golpea el oído se tambalean los cimientos del alma.

Sentir la luz del sol sobre la piel hizo sentir a Fuad como si volviera a nacer. Los días transcurridos en la oscuridad del precario e improvisado refugio de su casa habían hecho mella en su espíritu joven y ávido de aventuras. Ahora, en un alto el fuego de duración desconocida, podía escapar de aquel encierro forzado y respirar un aire libre de la amalgama de ácaros y hollín de aquella habitación angosta. Los ataques de los últimos días se habían concentrado en un barrio en el extremo sur de la ciudad, por lo que, a su salida al exterior, las vistas no habían cambiado tanto como temía. Cogió de la mano a su hermano Keled, de cinco años de edad, y juntos dirigieron sus pasos hacia un parque que se encontraba en las inmediaciones del barrio, corriendo a la velocidad del viento, para hacer recordar a sus piernas el tambor de sus pies contra el suelo. Mientras, sus padres y sus dos hermanas permanecieron en casa, intentando acoplarse a la vida fuera de la seguridad del refugio, en un espacio que ahora parecía extraño y alejado en el recuerdo.

Fuad siempre pensó que no había lugar en el mundo cuya belleza se equiparara a la de aquel parque. La vegetación, de diversidad y delicadeza abrumadoras, provocaba en todo aquel que la contemplaba un suspiro cargado de estupor. La suave brisa del viento traía consigo olores que Fuad sabía distinguir a la perfección. El olor de las coloridas fresias se unía al de las amapolas, que junto al aroma dulce de las majestuosas dalias, convergían en un perfume más poderoso que el olor a ceniza y polvo. Su abuela siempre le dijo que tenía un don especial para la naturaleza, que podía ver cosas en ella que para

los demás eran imperceptibles, incapaces de comprender con la simpleza de sus mentes. Él y su hermano incluso habían plantado un árbol, que ahora no era más que un esqueleto desprovisto de extremidades, pero que esperaba que pronto se convirtiera en un árbol de ingente frondosidad y profundas raíces, símbolo del amor eterno que siempre se habían profesado ambos hermanos. De hecho, algo que siempre había fascinado a Fuad era ver como su hermano se divertía jugando con los pájaros, que en aquel lugar parecían dedicar un canto constante a su eterna libertad.

De repente, los pájaros huyeron, despavoridos por el sonido que producían los depredadores de metal con el zumbido de sus alas. Fuad también los oyó en la lejanía y toda su musculatura se tornó en una tensión que anunciaba la inminente catástrofe. Solo tuvo tiempo de dirigir la mirada hacia su hermano, que agitaba su brazo diminuto en un gesto de despedida hacia sus queridos pájaros, cuando la tierra estalló a pocos metros. Al abrir de nuevo los ojos, Fuad descubrió que el mundo a su alrededor se convirtió en una nube de polvo que lo rodeaba, como el abrazo de una serpiente que le oprimía y le impedía ver. Gritó, gritó el nombre de su hermano desde lo más profundo de su ser, en un clamor de profunda desesperación por recuperar algo que creía arrebatado. De repente, vio a Keled aparecer en la penumbra, corriendo hacia él con los brazos abiertos en busca de seguridad, y cuando sintió los brazos de su hermano rodeando su cuello, soltó un suspiro y la fuerza que oprimía su corazón, como un puño cargado de furia, mermó. Con Keled en brazos, Fuad corrió entre el polvo, a través de tierra baldía en la que toda vida anterior había quedado reducida a mero escombros, hasta llegar a un destino en el que no creía acabar.

Su casa, su hogar, su mundo se encontraba ahora a ras del suelo, unido a la tierra de la que un día brotó. Dejó a Keled en el suelo, y los pilares de su cuerpo se desplomaron, haciéndolo caer de rodillas contra un suelo inerte. Fuad miró con incredulidad la escena

que se erguía ante él. Sus ojos transmutaron a un mar de honda oscuridad, en cuyo fondo se posaban restos de una vida perdida; rostros y sentimientos condenados a la maldición del recuerdo. La tumba hecha de cemento, lodo y llamas, en la que el resto de su familia habría de encontrar el descanso eterno, había sido impuesta por el rugir de voces que clamaban guerra. Al tiempo que sus ojos se libraron de la neblina producida por las lágrimas, pudo contemplar con asombro como Keled intentaba mover piedras que se equiparaban al tamaño de sus manos, en un intento vano, pero que refulgía esperanza, para volver a ver lo que allí había sido enterrado. En ese momento, Fuad resurgió del profundo abismo en el que había caído, siguiendo la luz esperanzadora que manaba del cuerpo de su hermano. Haciendo ahínco de las fuerzas provenientes de un lugar inhóspito, que surgen gracias al don instintivo de supervivencia, cogió a su hermano en brazos, y, juntos, se unieron al gran río de personas, cuyo caudal llevaba consigo innumerables historias rotas que esperaban, en la desembocadura, una oportunidad de ser enmendadas.

En el camino hacia un lugar que ambos hermanos desconocían, encontraron algo que sobrecogió sus corazones. Aquel camino, tan eterno como agotador, parecía conducir al mismo infierno. Errantes criaturas, de aspecto fantasmal, se agolpaban en el sendero y se movían como almas en pena cuyo destino ya sabían maldito. Pero los sonidos eran aún más desesperanzadores. Aullidos de rabia, pena y desconsolación los acompañaron como arpías que hacían recordar con sus chirriantes sonidos, su fatídica situación. Fuad instó a su hermano a tapan sus oídos, para que aquellos estertores de muerte no corrompieran el fulgor de su alma, esa que lo había despojado de las garras del abismo, y que, ahora, era la luz que guiaba sus pasos en un camino cubierto de sombras.

El final de la travesía evidenció las sospechas de Fuad. Un vasto infierno se extendió ante ellos, imponente tanto por su tamaño como por su hedor. Mientras lo atravesaban,

Fuad examinó los rostros de las personas que habían sido condenadas, y no alcanzó ver sonrisa alguna en ellas. Se dijo a sí mismo que, si Alá realmente existía, su gracia había huido de aquel lugar, despavorida por los horrores que solo el ser humano, en su infinita crueldad, era capaz de crear.

Pero para Fuad, la imagen de aquel lugar no era extraña; ya la había visto antes. En aquellos días en los que su escuela aún no se había convertido en pasto de las llamas, su profesora les hizo ver un vídeo en el que aparecían campos limitados por verjas de hierro forjado con odio y desprecio, y niños sobre cuyos rostros caía la pesada sombra de los alambres de espinos y cuyos ojos inocentes miraban al otro lado, imaginando que un día podrían jugar libres en una tierra que les había sido negada. Asimismo aparecían personas hacinadas en espacios angostos, en los que la enfermedad y la inmundicia eran compañeras de cama. Su profesora les relató que eso ocurrió años atrás y que solo era una copia, una imitación de lo que había ocurrido durante toda la era del hombre. Distinta época, mismo horror. Fuad también recordó la imagen de un hombre, de vestimenta y aspecto elegante, asegurando que de no ser por el desconocimiento de aquellos hechos, el mundo, ese que se consideraba a sí mismo civilizado, habría puesto fin a aquella barbarie. Una sonrisa de tinte irónico se dibujó en el rostro de Fuad. Se preguntó dónde se encontraba el mundo civilizado ahora. La respuesta fue clara: al otro lado de la verja.

La noche cayó, y trajo consigo una oscuridad que, en ese momento, Fuad agradeció. A veces, la oscuridad esconde los horrores que no queremos ver y que pretendemos olvidar. Mientras se encontraban sentados sobre el suelo, Keled le dio a Fuad una flor que éste supo reconocer al instante. Era una amapola de reluciente color escarlata e intenso aroma a hogar, risas y felicidad. Keled la recogió del parque cuando las bombas cayeron, como reminiscencia de un mundo perdido, pero no olvidado. Después Keled le

informó de que no había visto ningún pájaro en aquel campo. Pero ese no era lugar para seres tan alegres, pensó Fuad. Allí, sus armoniosos cantos quedarían enturbiados por los llantos amargos que inundaban la zona. Nadie podría darles de comer y si bebían del agua que manaba de aquella tierra infesta, enfermarían hasta olvidar el mecanismo para volar. Por primera vez, vio la tristeza reflejada en el rostro de su hermano. Su luz se apagaba, y las tinieblas del infierno lo envolvían cada día más. Fuad se levantó y acompañó a su hermano hacía el lugar donde se erigía el muro de alambre que los mantenía presos.

— ¿Ves esto, Keled? — Fuad agarro la verja de alambre y la movió sin esfuerzo—. Se tambalea... Y todo aquello que se tambalea se puede derribar. Pero, ¿sabes lo que no tiembla nunca? Un espíritu férreo y bondadoso. No hay bomba capaz de derribar algo de tal magnitud. Y, ¿ves eso? — Fuad señaló al cielo estrellado que los cubría—. No hay verja tan alta que impida a nuestras mentes volar alto y tocar el cielo. — Fuad agarró la cara de Keled y notó cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. — Escúchame bien, Keled. Nunca habrá jaula de hierros tan sólidos capaces de mantener nuestras mentes enclaustradas. Porque somos pájaros, libres de volar y soñar.

Ambos hermanos se fundieron en un abrazo y, de la mano, regresaron a su nuevo hogar de plástico.

A la mañana siguiente, Fuad se percató de la ausencia de su hermano. No estaba a su lado como la noche anterior. Sin pensarlo, se levantó y salió de la tienda, con la esperanza de ver a Keled fuera. No fue así. Su pulso comenzó a acelerarse y el sonido grave del tambor inundó sus oídos. Corrió entre las innumerables tiendas de campaña, impulsado por el terror, gritando el nombre de su hermano. A lo lejos, escuchó el sonido de millones de voces gritando y se dejó guiar por él hasta convergir en lo que

provocaban esos alaridos. Habían abierto la frontera, y millones de personas se agolpaban en ella, alzando sus voces al cielo en una plegaria para ser rescatados de aquel infierno. De repente, vio a su hermano surgir sobre aquella marea humana. Lo reconoció porque portaba en su mano la amapola color escarlata. Alguien lo llevaba en brazos, alguien desconocido. Al comprender la motivación de aquel hombre por coger a su hermano, su corazón tembló de terror. Comenzó a correr como si estuviera impulsado por una fuerza sobrehumana. Dejó de sentir la tierra bajo sus pies y el aire en la cara. Tan solo sentía el aullido de su corazón, que empujaba desde dentro intentado librarse de sus ataduras. Intentó gritar el nombre de su hermano, pero su voz fue incapaz de imponerse al clamor ensordecedor de millones de almas. Fuad trató de abrirse camino entre las aguas, pero la marea era demasiado fuerte y le impedía avanzar. Atrapado en aquel conglomerado de condenados, vio cómo su hermano se alejaba cada vez más. Estiró el brazo en un vano intento por alcanzarlo, pero ya era tarde. Su hermano había desaparecido, y con él toda esperanza; toda vida.

Al día siguiente, Fuad consiguió cruzar la frontera y salir de aquel infierno de tierra negra para alcanzar el otro lado, la tierra que todo el mundo quería pisar. Pero Fuad no alcanzaba ver diferencia alguna. Su mente se había tornado en oscuridad; ya no había luz que seguir. Tras recorrer caminos kilométricos de tierra yerma, en los que la nada no era sino un reflejo de su interior, Fuad logró subir al remolque de un camión que le conduciría a él y a otras almas errantes a algún lugar desconocido. En el remolque, pudo oír entre susurros que se dirigían a un lugar más al norte que Alemania o Inglaterra. Se dirigían a Noruega, a una ciudad cerca de la costa llamada Bergen. Aun así, tampoco importaba demasiado el destino. Todo lugar solo constituiría un intento infructuoso por reconstruir los pedazos de una vida anterior, que ya no eran más que ceniza.

Cuando la puerta del camión se abrió, la luz proveniente del exterior cegó a Fuad durante un instante. Después de días en la penumbra, sus ojos se habían familiarizado con la oscuridad, al igual que su espíritu. Todas las almas se bifurcaron en distintos caminos y él comenzó a andar, sin rumbo ni destino, impulsado por el movimiento instintivo de sus pies.

Tras días de vagar con la mirada fija en el suelo, de dormir bajo el sonido de las pisadas incesantes y de sentir su rostro empapado por las lágrimas, sus pasos lo llevaron a un parque de inmensidad apabullante, una escena que su memoria había enterrado muy profundo. La brisa que atravesó su cara como una caricia le hizo sonreír y le erizó la piel. Instintivamente, llevó su mano al rostro impulsado por la extrañeza de un movimiento que hacía demasiado tiempo que no realizaba. De repente, a lo lejos, pudo divisar un campo sembrado de algo que sus ojos se negaron a creer. Eran amapolas de rojo intenso que colmaron la mente de Fuad de recuerdos, sentimientos y personas.

En ese instante, recuperó un vaso de plástico medio carcomido por el tiempo, lo llenó del agua de una fuente cercana y comenzó rociar de vida aquellos recuerdos. Antes de acabar su tarea, un hombre vestido con un uniforme verde y una placa identificativa en el pecho en la que se podía leer “Alfred”, se acercó a él y le dejó caer una semilla en la mano. Aquel hombre pidió a Fuad que la sembrara, y así lo hizo. Cuando finalizó, Alfred le ofreció un techo bajo el que pasar la noche y le dijo que al día siguiente podía ayudarlo con el mantenimiento del parque. Aquel hombre, de alma libre de cadenas forjadas con prejuicios y odio, le otorgó a Fuad el regalo que toda persona anhela, lleve la pesada carga de la guerra a sus espaldas o no. Aquel hombre le ofreció la oportunidad de vivir.

— ¿Quieres darle un nombre a tu árbol? — preguntó Alfred.

— Keled. — respondió Fuad.

— ¿Ese nombre tiene algún significado en el lugar del que vienes? — insistió Alfred.

— Sí. — afirmó Fuad—. Significa “Eterno”.

**Sir Gawain.**